

les todavía tuvieron la tristeza de ver morir á cinco compañeros que no pudieron resistir las heridas, y que elevaron á cincuenta y siete las pérdidas sufridas. Fué tan grande la pesadumbre que la derrota causó, que pusieron por nombre á este lugar «Bahía de la Mala Pelea.»

Pasada lista, y curados los heridos, Hernández de Córdoba pudo medir todo el tamaño de su desventura. El agua se había consumido, pues por ella habían bajado á tierra; pero, con la premura de la retirada, ni una gota habían traído, y así se habían quedado en peor condición que antes, porque antes no estaban heridos, y en salud mejor podían soportar los ardores de la sed; pero ahora, abatidos, enfermos y heridos, tenían que sobrellevar doble tribulación. Y además, como estaban también heridos muchos marineros que habían saltado á tierra, para hacer aguada, se hubo de resentir carencia de hombres para las maniobras de las tres embarcaciones, y por fuerza hubo que distribuir los marineros sanos en dos de los buques, trasbordarse todos á ellos, y quemar el tercero, después de aprovechar lo que de él se pudo. Con este arreglo, y decididos á arrostrar con la sed, se resolvieron á desandar camino.¹

¹ Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 360.—Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 498.—Bernal Díaz del Castillo, op. cit. capítulo IV.—Francisco López de Gomara en la colección de D. Enrique de Vedia, pág. 186.—*Vida de Cortés*, pág. 340.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO VI.

Vuelta á Cuba.—Detención en Río Lagartos.—Se cruza el Golfo de México.
Desembarque en las costas de Florida.—Llegada á la Habana.

En tan duras condiciones se dieron á la vela, de regreso para Cuba. En su camino de vuelta siguieron el litoral de la península, porque no perdían la esperanza de proveerse de agua, de que tanta carencia padecían. Los vientos les fueron favorables, y llegaron á los tres días á Río Lagartos. Desembarcaron allí varios marineros y soldados con azadones para escarbar la tierra hasta dar con agua, y la encontraron; pero tan salobre que era imposible beberla. Cuando se ocupaban en llenar sus barriles y en cargar los botes, empezó á soplar un fuerte viento del norte que dificultó alijar el agua, y que también puso en grave peligro á los mismos buques, porque, con estar heridos los soldados, tuvieron que bajar á tierra la mayor parte de los marineros, y, al soplar el norte, faltaba gente de mar para las velas y maniobras. Afortunadamente, los marineros que habían desembarcado se apresuraron á volver á bordo, y pusieron al buque en situación de resistir el norte dos días y dos noches que duró.

Sosegado el mar, el piloto mayor, Antón de Alaminos, creyó hacer viaje más breve poniendo la

proa á la Florida, para de allí pasar á la Habana: y así lo hizo con suerte feliz, porque en cuatro días atravesó el Golfo de México, y avistó las costas que deseaba. Una faja blanquecina denotaba los arenales de la playa en cuyo fondo se desarrollaban verdes é interminables líneas de zarzales y arbustos; y en un rincón de la costa abríase en ancha boca un estero que, por aquel tiempo, con la menguante de la marea, era navegable sólo por botecillos. El primer pensamiento de los heroicos navegantes, á la vista de aquellas costas, fué proveerse de agua para saciar la sed que los secaba. Hernández de Córdoba abatido, debilitado, casi exánime, pedía á media voz que le trajesen agua dulce para beber; soldados y marineros, todos unánimemente tendían ansiosos la vista hacia aquella boca de agua que parecía anunciar la existencia de un río de agua dulce con que apagar los ardores en que se consumían. Y así, mas que de prisa, veinte soldados bajaron á la playa á proveerse de agua potable, y entre ellos Berrio, el afortunado que ninguna herida había sacado en el combate de Champotón, y á quien el destino traía á Florida á morir cautivo en manos de los salvajes.

Contábase también en la partida Bernal Díaz del Castillo y Antón de Alaminos, y este último, que en otra época había visitado la Florida con Juan Ponce de León, recomendó especiales precauciones y vigilancia. Refería que aquellos incultos lugares estaban habitados por indios muy corpulentos vestidos con pieles, y que acostumbraban caer de improviso y cebarse con saña en los infelices que aportaban á aquellas costas.

Amedrentados los soldados españoles con la

narración, apenas desembarcaron en la ancha playa que lindaba con el estero, pusieron dos centinelas que vigilasen los lados más sospechosos, y corrieron luego los demás en busca del agua tan apetecida. Gran desconuelo fué el que sintieron al convencerse por sus propios ojos que ni el soñado río corría por entre aquellos matorrales, ni el agua del estero era dulce, sino muy salobre é impura, como que estaba mezclada con el agua del mar. Por buena suerte suya, con las vasijas en qué transportar el agua, habían traído azadones muy buenos, y con ellos se pusieron inmediatamente á cavar la tierra con la esperanza de encontrar agua dulce.

Al fin dieron con ella, pura y de buena calidad, y, con grande alegría é insaciable avidez, bebieron cuanto pudieron, y llenaron sus depósitos; pero cuando ya satisfechos alzaban sus cubas para volverse á las naves, oyeron la voz de alarma, y al mismo tiempo vieron venir desalado á uno de los centinelas. Eran los indios que acometían por ambos lados, por tierra y por el estero.

No había acabado de explicar el centinela el motivo de la alarma, cuando ya seis de los españoles sintieron en sus cuerpos los desgarramientos de las flechas; pero lo mismo fué sentir heridos á sus compañeros, que los sanos echar mano, llenos de coraje, á sus ballestas, estoques, y cuchillos, y arrojarlos sobre los agresores, sin contar su número ni medir la calidad de sus fuerzas ni armas. El daño de las ballestas, y las estocadas y cuchilladas que los indios recibían, los arredraron, y volviéndose por otro lado, corrieron presurosos á refugiarse en las canoas que por el estero surcaban, y que ya se lleva-

ban prisionero el bote que, con algunos marineros, había quedado al cuidado de Alaminos. El mismo Alaminos había sido herido de gravedad en la garganta, y se lo llevaban vivo á sus guaridas.

Los soldados de tierra con una sola mirada midieron el riesgo inminente que corría el intrépido piloto. ¿Qué hacer en momentos tan angustiosos? No valía tirar con las escopetas, que el número de los indios era grande, y, por más que muriesen, siempre muchos sobrevivirían y se pondrían fuera de su alcance: no había tampoco embarcaciones para perseguirlos. No obstante, los castellanos supieron resolver el problema: se arrojaron al estero, y con el agua hasta la cintura llegaron adonde, con sus canoas, estaban los indios; les arremetieron al arma blanca, les arrebataron el bote, y, después de matar veinte y dos indios, quedaron completamente triunfantes. Mas ¡ay!, al volver junto al pozo en solicitud de sus vasijas llenas de agua, se acordaron del desgraciado Berrio á quien habían puesto de centinela en el lugar más peligroso. ¿Dónde está Berrio? ¿qué habrá sucedido con él? se preguntaban todos con ansiedad; pero nadie daba razón. El otro centinela, su compañero, decía solamente que le había visto internarse entre las matas próximas, á la orilla de la ciénaga, con una hacha en la mano, y cortar un palmito, y que á poco le oyó apellidar alarma; que luego divisó á los indios, y corrió á dar cuenta de su aparición; y que, con este motivo nada sabía del paradero del infortunado.

No cabía duda que había perecido á manos de los indios; sin embargo, abrigando remota esperanza, fueron todos á rastrear sus huellas en los contor-

nos; registraron minuciosamente el bosque con sus matorrales y zarzas, le llamaron á grito herido, y todas las pesquisas fueron inútiles: no encontraron más que una palma medio cortada y huellas numerosas de plantas de pies en la húmeda tierra de la orilla del estero: ni un rastro de sangre, ni un sólo vestigio de que se hubiese trabado lucha cuerpo á cuerpo: indudablemente había caído sobre Berrio infinidad de enemigos que se lo llevaron vivo para hacer festín con él en sus aduarez.

Ya sin esperanza de encontrar á Berrio, se volvieron los demás, tristes y apesadumbrados, á cargar el agua, y, metiéndola en el bote, la llevaron á las naves, en donde fué recibida con alborozo incomparable, como que venía á redimirlos de la agonía que los desesperaba. Era tanta el ansia de apagar los ardores de la sed, y el júbilo y satisfacción que les dió encontrarse con agua hasta saciarse, que uno de los soldados, viendo desde el puente de uno de los navíos, el agua límpida y pura, que en abiertas vasijas traía el bote, no esperó que se subiese al navío, sino que, jadeante y muerto de sed, codicioso de llevar el agua á sus labios, se arrojó al bote, se puso á beber, y bebió en tanta abundancia y con tanta ansiedad y desesperación, que en esa misma hora se hinchó y cayó muerto.

Con este triste accidente, pero contentos de la provisión de agua y la próxima vuelta á sus hogares, levaron anclas ese mismo día, y poco después llegaron sin novedad al puerto de Carenas, olvidando, con la alegría de la llegada, todas las desventuras del viaje. Allí desembarcó Francisco Hernández de Córdoba, y se dirigió por tierra á su en-

comienda de Sancti Spiritus. Los demás soldados se esparcieron por la isla de Cuba, pero, como por aquella época la capital de la isla era Santiago, el capitán Francisco Hernández de Córdoba ordenó al piloto Alaminos que con los buques continuase su viaje á la capital, y entregase personalmente á Diego Velásquez la relación del descubrimiento, y le presentase los mayas Julián y Melchor, cogidos en Cabo Catoche.¹

¹ Bernal Díaz del Castillo, op. cit. cap. V. y VI.

CAPITULO VII.

La isla de Santa María de los Remedios.—Magníficas alabanzas de sus riquezas.—Se decide Velásquez á emprender nueva expedición.—Elige por capitán á Juan de Grijalva.—Salida de Matanzas.—Descubrimiento de la isla de Cozumel.—Reconocimiento de la costa.—Toma de posesión de la isla.—Se le apellida Santa Cruz.—El Cabo de San Felipe y Santiago. El cacique de Cozumel da graciosa acogida á Grijalva.

Olvidados los compañeros de Hernández de Córdoba de las pasadas desventuras, se hacían lenguas para alabar la excelencia de aquellas nuevas tierras descubiertas por el oeste y que llamaban la «Isla de Santa María de los Remedios.»¹ Por otra parte los dos indios mayas, Melchor y Julián, preguntados de si había en su tierra, oro y plata, contestaban que sí los había; y su palabra tenía más apoyo con los objetos de oro y plata que el capellán de la armada había recogido en el templo de Cabo Catoche. Con esta perspectiva de riqueza que vagamente se atribuía á Yucatán, se encendió en Cuba el estímulo y ansia de sojuzgar tan rica provincia para unirla á la monarquía española. Entre los que más entusiasmo manifestaban por aprovechar el descubrimiento, se contaba el Adelantado Diego Velásquez, Capitán General de Cuba. Faltá-

¹ Fernández de Oviedo asegura que el piloto Alaminos dió este nombre á Yucatán, *Historia general y natural de las Indias*, libro XXI, capítulo VIII, tomo II.